

Contribuciones del humanismo latinoamericano en el siglo xx

Por Alberto SALADINO GARCÍA*

Presentación

A PRINCIPIOS DE JULIO DEL 2001 un grupo de latinoamericanistas inició los trabajos de investigación del proyecto internacional *El pensamiento latinoamericano del siglo xx ante la condición humana*, formado por equipos nacionales. En el caso de México, por el ánimo y prestancia encontrados entre los más de ochenta académicos invitados ésta ha sido concluida. Por cierto, la hipótesis que guió los trabajos fue: "Los más valiosos representantes de la producción intelectual latinoamericana del siglo xx han dado continuidad y enriquecido la tendencia humanista y desalienadora que ha caracterizado en general a la historia del pensamiento en Latinoamérica, manifestada por múltiples vías de expresión cultural y en especial a través de diferentes formas de la práctica educativa, política, intelectual, artística, científica"

Con base en esos y otros trabajos realizados por colegas de los demás países latinoamericanos, he empezado a ventilar públicamente algunos de los rasgos de nuestro humanismo en el siglo xx, queriendo ahora mostrar las contribuciones que pueden desprenderse de sus resultados. Para contextualizar previamente mi exposición ubicaré sus fuentes y antecedentes históricos.

Fuentes del humanismo

LA preocupación por los asuntos esenciales del ser humano ha sido recurrente en todas las sociedades de cualquier época histórica y de cualquier espacio geográfico y se manifiesta de muy diversas maneras. En el caso de la cultura occidental se ha establecido como primer antecedente las expresiones de las culturas clásicas, en particular la griega. Más tarde, la hegemonía de las religiones monoteístas, específicamente del cristianismo que sentó sus reales a partir del siglo v y estableció una nueva cultura que hoy identificamos como medieval: luego advino una benéfica reac-

* Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México y del Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. E-mail asaladi@uamcx.mx>

ción durante los siglos XIV y XV, cuando se levantaron voces críticas contra las insuficiencias de la instrucción y esa atmósfera cultural, lo que llevó a forjar todo un movimiento intelectual que promovió la recuperación de los estudios grecolatinos en sus fuentes, reinstalando al hombre como centro de los intereses intelectuales y materiales de las sociedades de avanzada de entonces. Tal reacción antimoderna se identificó como movimiento humanista, fase histórica engendradora del Renacimiento al haber promovido valores como la bondad, la simpatía por los demás etc., codificada estupidamente por Terencio en su sentencia: "Nada humano me es ajeno".

De modo que históricamente existen distintas formas de sustanciar el humanismo pero coincidentes al reconocer su significado universal, por traspasar tiempo y espacio particulares; al procurar la fundamentación de la humanidad del hombre; al identificar lo humano como expresión y síntesis de un ser multidimensional por su constitución física, su biología, su psiquismo, su historia, su cultura etc., y así concebirlo como modo de existencia de carácter omniabarcante, patente en el reconocimiento de todo tipo de producción humana como el arte, la ciencia, el pensamiento religioso, la moral y, en general, los más preciados ideales.

De modo que para evidenciar su concreción se ha precisado entender al ser humano en su plenitud, acudiendo al estudio y conocimiento de su lenguaje, a las más variadas manifestaciones de su creatividad racional e intuitiva, a la orientación de la educación, porque ha sido en la comprensión de la relación y reconocimiento de los demás miembros de la sociedad como el hombre se humaniza y humaniza a sus semejantes. Al grado de que la filosofía, como discurso sintetizador de las expectativas humanas y de evidente connotación antropocéntrica, ha ubicado al hombre como medida y razón de todas las cosas, al haber subordinado el ser de lo existente a sus exigencias, intereses y preocupaciones, con lo que incluso en el Renacimiento coadyuvó a restituir y priorizar las preocupaciones humanas sobre las divinas. A partir de esa concepción del humanismo ha de reconocerse que América fue producto también de tal aventura intelectual, amén de las urgencias de un capitalismo incipiente orientado a obtener cada vez más ganancias mediante la ampliación de mercados. En efecto, el hecho histórico denominado descubrimiento o encubrimiento de América o encuentro de dos mundos, determinó implicaciones de diverso tipo, principalmente la incorporación de los pueblos del Nuevo Mundo a los cánones culturales occidentales en situación de dependencia, no sin pocas resistencias que incluso persisten, por lo que se requiere mostrar las de carácter humanístico.

Antecedentes del humanismo latinoamericano

LA hegemonía europea sobre los aborígenes americanos, como resultado de un largo e intrincado proceso de conquista, implicó tanto el despojo de sus medios de producción, la explotación despiadada de su fuerza de trabajo, la destrucción de diversas manifestaciones de su cultura, la imposición de otra cultura con idioma, religión y valores ajenos, como el uso de los más diversos argumentos justificatorios. Si bien es cierto, también entre los europeos hubo voces y acciones que los contradijeron, teniendo como respaldo los planteamientos del movimiento humanístico de los siglos xv-xvi, en cuya atmósfera se habían formado.

De modo que el humanismo latinoamericano tuvo su génesis en la inhumanidad de la conquista y fue protagonizado por religiosos que defendieron la racionalidad de los americanos. El testimonio más elocuente al respecto lo constituye el debate entre Juan Ginés de Sepúlveda y fray Bartolomé de Las Casas: el primero representa la codificación del anti-humanismo al justificar, con base en los argumentos de Aristóteles, la supuesta justicia de la conquista toda vez que concebía a los aborígenes como seres bárbaros, cobardes, incultos, inferiores,¹ y el segundo, representa el humanismo por su pertinaz y eficaz defensa de los indios.² A partir de entonces y durante toda la época colonial ambas posturas cruzarán las distintas interpretaciones acerca de la condición humana de los habitantes del Nuevo Mundo.

Ciertamente el pensamiento heterodoxo del siglo xvii aportó compromisos con el humanismo, entre cuyos representantes clásicos destacan el Inca Garcilaso de la Vega, Carlos de Sigüenza y Góngora y Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana, los primeros por recuperar el valor e importancia de la obra de los pueblos precolombinos y la última por aportar el primer programa del feminismo que pugna por el reconocimiento de la igualdad de géneros.

Asimismo, el surgimiento de los países latinoamericanos se explica por la repercusión del humanismo latinoamericano sistematizado durante la segunda mitad del siglo xviii, cuando nuestros ilustrados reaccionaron de múltiples maneras para responder al resurgimiento de los argumentos de intelectuales europeos contra la naturaleza y el hombre americanos, según dan cuenta textos del conde de Buffon, De Pauw, Hume, Montesquieu,

¹ Cf. Lewis Hanke, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, SEP, 1974 (SepSetentas 156), pp. 85-87

² Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Barcelona, Fontamara, 1974, 199 págs

Voltaire, Raynal y Robertson.³ Entre los militantes de este significativo movimiento humanista tenemos a Antonio de Alcedo, Francisco Javier Alegre, José Antonio Alzate, José Baquijano, Ignacio Beteta, José Agustín Caballero, Francisco José de Caldas, Francisco Javier Clavijero, José de Eguiara y Eguren, Eugenio de Santa Cruz Espejo, Miguel Feijoo, Manuel María Gorriño, Antonio Ariño, José del Socorro Rodríguez, Tomás Romay, Hipólito Unanue, José Veloso etcétera.

Los argumentos de estos criollos, religiosos y laicos, intelectuales y científicos, consistieron en recuperar y actualizar la teoría de justicia del pensamiento escolástico, sustanciar pruebas y argumentos científicos, apelar a los razonamientos e interpretaciones filosóficas, cuyo saldo consistió en sustentar la necesaria transición de la dominación metropolitana a la independencia.

Durante el siglo XIX el humanismo latinoamericano se planteó como horizonte sentar las bases para concretar los valores que permitieran incorporar a nuestros países al escenario de la modernidad y, para el efecto, esclarecer y atender la constitución de la identidad del hombre latinoamericano; sin embargo, la inestabilidad de los primeros cincuenta años y el dominio oligárquico en el último tercio respaldado por el positivismo, impidieron su realización, lo que originó como respuesta nuevos intentos para recuperar la necesidad de cristalizar sociedades humanistas a lo largo del siglo XX.

Rasgos del humanismo latinoamericano en el siglo XX

A principios de la centuria pasada trazaron el programa humanista en América Latina intelectuales de la talla de Antonio Caso, Alejandro Deustúa, Pedro Henríquez Ureña, José Ingenieros, Alejandro Korn, José Carlos Mariátegui, Enrique Molina y Garmendia, Alfonso Reyes, Justo Sierra, Enrique José Varona, José Vasconcelos, Carlos Vaz Ferreira etc. Este grupo de patriarcas consolidaría sus saldos con la formación de otra pléyade de intelectuales que ha completado la reflexión sobre la condición humana a lo largo de dicho siglo, ciertamente enriquecida por la labor de los exiliados españoles y, de alguna manera, del exilio de intelectuales de países del Cono Sur provocado por las asonadas militares de las décadas entre los sesenta y los ochenta y, naturalmente también, por el intercambio de planteamientos motivados por el impulso creciente a la colaboración e integración latinoamericanas. Con su importante e impositiva

³ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo historia de una polémica 1750-1900*, México, FCE, 1993

obra intelectual amplificaron la semántica del humanismo latinoamericano al llevarla a todos los aspectos de la cultura y la sociedad, a los planos educativo, histórico, étnico etcétera.

Consecuentemente, pienso que el humanismo en América Latina ha sido elemento constitutivo de la existencia y vertebrador de la conformación de los pueblos latinoamericanos, nutriente y forjador de nuestra identidad, al otorgarle permanente preocupación libertaria; al enmarcar y dar sentido al quehacer educativo, promoviendo la formación integral; al revalorar los hechos pasados como inherentes a nuestro ser. Pero también al reconocer y asimilar nuevos retos a enfrentar, como los desastres ecológicos, la inequidad de géneros, la falta de reconocimiento de la pluralidad étnica etc. Por ende, pienso que las contribuciones del humanismo latinoamericano del siglo xx tienen como ejes vertebradores y por tanto verdaderamente relevantes los desarrollados a continuación.

1) La persistente vinculación entre la concepción de hombre y el proyecto de nación. Así intelectuales como Carlos Baliño, Antonio Caso, Rómulo Gallegos, Manuel Gamio, Víctor Raúl Haya de la Torre, Julio Antonio Mella, Alfonso Reyes, Francisco Romero, José Vasconcelos, entre otros, orientaron sus esfuerzos, como intelectuales y en las funciones públicas o políticas que desempeñaron, a la construcción de nuestros países en naciones soberanas, donde todos sus miembros tuvieran condiciones de participación para impulsar, sin exclusiones, el desarrollo de cada uno de los países latinoamericanos y con esa condición insertarlos en el concierto internacional.

Algunos lo hicieron convincentemente desde el ejercicio del poder, como Rómulo Gallegos, presidente de Venezuela; otros mediante la fundación de instituciones educativas, como Justo Sierra y José Vasconcelos; y unos más desde la crítica y la participación partidaria, como Raúl Haya de la Torre, con pretensiones de alcance continental, y Julio Antonio Mella. De modo que en la centuria pasada la intelectualidad latinoamericana vinculó la necesaria consolidación de nuestras naciones con una orientación profundamente humanista del desarrollo pleno de todos los integrantes de sus sociedades.

2) La promoción los derechos humanos y sociales para el establecimiento de condiciones de equidad. Ante las anacrónicas y centenarias injusticias padecidas por amplios sectores de la población latinoamericana, la mayoría de nuestros pensadores del siglo xx han enfatizado en sus análisis, críticas y propuestas la pertinencia de superarlas con la insistencia y lucha por la práctica de los derechos humanos y el reconocimiento de los derechos sociales.

Destacan en esta perspectiva humanista intelectuales como Rodney Arizmendi, José Antonio Arze, Ricardo Flores Magón, Agustín Cueva, Celso Furtado, Ernesto Guevara de la Serna, Vicente Lombardo Toledano, José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce, José Antonio Portuondo, Caio Prado Jr., José Revueltas, Carlos Rafael Rodríguez, Adolfo Sánchez Vázquez, Ludovico Silva, David Alfaro Siqueiros etc. Lo han hecho fundamentalmente a partir de la crítica radical al capitalismo realmente existente en los países latinoamericanos, cuyos signos indignantes son el analfabetismo, la discriminación, la miseria, la marginación, la sobreexplotación de la mano de obra y de los recursos naturales.

Sus propuestas arriban a la conclusión de la necesaria sustitución del modo de producción capitalista por un modelo societario que garantice las condiciones de autorrealización personal y la concreción de los valores más caros forjados por la humanidad en la época moderna, como los de democracia, fraternidad, igualdad, libertad, justicia y tolerancia.

Aquí cabe destacar que el pensamiento marxista renovador buscó enriquecer sus convicciones socialistas tomando como fuente de conocimiento tanto la realidad misma como las ideas y pensamiento de preclaros latinoamericanistas como Simón Bolívar, Benito Juárez, José Martí, José Enrique Rodó, José Ingenieros etc., al haber adquirido una prominente cultura humanista y científica mediante el cultivo de tópicos filosóficos, literarios, históricos, económicos y políticos.

3) *La búsqueda de la normalidad de las relaciones sociales con base en el reconocimiento de las diferencias étnicas.* Quizá la principal injusticia persistente en la mayoría de los países latinoamericanos es la postulación en la que viven, desde hace más de quinientos años, la mayoría de los grupos étnicos, pues sus problemas socioeconómicos, políticos y culturales, no aminoraron con la instauración de la vida republicana, lo que ha llevado a algunos estudiosos a caracterizar su situación de verdadero colonialismo interno.⁴

Participan de esta postura intelectuales como Gonzalo Aguirre Beltrán, José María Arguedas, Fernando Benítez, Guillermo Bonfil Batalla, Rosario Castellanos, Héctor Díaz Polanco, Néstor García Canclini, Pablo González Casanova, Ángel Palerm, Darcy Ribeiro, Luis Villoro. Sus alternativas se bifurcan entre la integración al país como parte de las expresiones de cultura popular y la demanda creciente de autonomía como base para consolidar proyectos societarios alternativos de carácter comunitario.

⁴ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, 9ª ed., México, Era, 1977, pp 115-126

El impacto de la obra de estos intelectuales ha llevado a evidenciar la crisis del Estado-nación para sustentar la pertinencia de forjar nuevas bases societarias, de carácter participativo, con igualdad de derechos de todas las minorías étnicas, de modo que están forjando el consenso para darle viabilidad a la instauración de Estados pluriétnicos y multiculturales.

4) *La asunción de los avances del conocimiento científico y tecnológico como medios para mejorar las condiciones de vida y enriquecer la cultura latinoamericana.* Con amplia aceptación pero poco sistematizado está el respaldo de muchos estudios, particularmente los científicos, para usufructuar los productos de la revolución tecnocientífica, pues plantean como sus virtudes ser medios y vías indispensables para coadyuvar a la superación de los añejos problemas socioeconómicos.

Este pensamiento modernizador se asume humanista en la medida que manifiesta como prioridad garantizar la persistencia de la vida misma al concebir los desarrollos científicos y técnicos como instrumentos para ayudar tanto en la solución de la problemática social como para enfrentar los desastres ambientales. Representan el humanismo en la ciencia Heberto Castillo, Héctor Croxatto, René Drucker Colín, Oswaldo Cruz, Luis Enrique Erro, Carlos F. Finlay, Guillermo Haro, Bernardo Houssay, Mario Molina, Manuel Peimbert, Ruy Pérez Tamayo, Manuel Sandoval Vallarta, Rosa Elena Simeón, Bolívar Zapata.

Tales científicos exponen que la ciencia es un medio más del hombre para explicar las distintas manifestaciones de la realidad, de implícito carácter liberador de prejuicios, supersticiones e ignorancia, y saber útil si se le aprecia como fundamento de los desarrollos e innovaciones técnicas.

Para bien de la cultura latinoamericana, Brasil y Cuba son países pioneros en la promoción y uso de los avances científicos y técnicos para atender los problemas sociales, por lo cual participan del planteamiento de trascender el dilema de nuestros pueblos de concretar la integración latinoamericana o la claudicación ante el colonialismo de nuevo cuño. Por eso buena cantidad de científicos respaldan que la cooperación latinoamericana en los ámbitos científico y técnico tiene que ser producto de la solidaridad internacional, vertebrándola en las direcciones siguientes: una inserción digna en la economía globalizada; la elevación de la calidad de vida de nuestros pueblos, sin exclusiones; un proceso de desarrollo sustentable y que por lo tanto no comprometa el bienestar de las generaciones futuras; y el fortalecimiento de nuestra identidad cultural como latinoamericanos y caribeños.⁵

⁵ Rosa Elena Simeón, "Los programas de cooperación entre ciencia y tecnología y la integración latinoamericana", en *La ciencia en la integración latinoamericana Memoria*, México, Ciencia y Desarrollo del CONACYT, 1998, p. 66

5) *La construcción del nuevo hombre capaz de orientar sus acciones con base en los saberes y valores sustentados en la racionalidad.* Me parece que en este rasgo donde se corrobora la atención central de los pensadores latinoamericanos del siglo xx a la condición humana. Así, la identificación de la filosofía latinoamericana como saber liberador por humanista, se sustenta en propugnar la libertad como principio y fundamento de la realización humana sin más. Así lo demuestra el testimonio de 1975 suscrito por varios de sus actores en la Declaración de Morelia, México, en el marco del Primer Coloquio Nacional de Filosofía, con el título de "Filosofía e independencia":

Del hecho mismo de la realidad de la dominación, surge la posibilidad de la liberación. En la infinita variedad de la historia, en aparente sinsentido, se descubre una relación humana permanente: hay hombres que han dominado a otros, que los han negado, que los han reducido a la condición de mero instrumento, pero los dominados, los negados, se han rebelado, han afirmado su ser y han comenzado a romper las cadenas. Frente a la arbitrariedad y la prepotencia del amo, la libertad y la racionalidad del esclavo.⁶

La toma de conciencia ha sido la comprensión ineludible de que toda actividad filosófica debe partir del hombre en sus múltiples y contradictorias experiencias.⁷

Participan de estas preocupaciones entre otros, intelectuales como Germán Arciniegas, Arturo Ardao, Horacio Cerutti, Enrique Dussel, Pablo Guadarrama, Francisco Miró Quesada, Arturo Andrés Roig, Augusto alazar Bondy, Alejandro errano Caldera, Abelardo Villegas, Leopoldo Zea.

6) *Los aportes novedosos a la cultura mundial.* Durante el segundo tercio del siglo xx la intelectualidad latinoamericana destacó por sus ideas, planteamientos, reflexiones, propuestas y compromisos, al grado que logró internacionalizarlos al trascender sus espacios nacionales, pues se les reconoció en otros ámbitos culturales. Tales fueron los casos, durante las décadas de los cincuenta y sesenta, de diversas manifestaciones en el arte, la ciencia, la filosofía, los estudios económicos, la educación, la sociología y la teología.

Mediante la más amplia difusión y discusión de la obra de latinoamericanos que hicieron posible la proeza de mostrar sus originales plantea-

⁶ Arturo A. Roig, *Filosofía. universidad. filósofos en América Latina*, México, UNAM, 1981 (*Nuestra América*, 4), p. 97.

⁷ Leopoldo Zea, *Filosofar a la altura del hombre. discrepar para comprender*, México, UNAM, 1993 (*Cuadernos de Cuadernos*, 4), p. 18

mientos con los cuales impulsaron la reformulación de modelos explicativos y la renovación de temáticas antes soslayadas, se sentaron las bases para promover la planeación del desarrollo científico al propugnar el *surgimiento de las políticas en ciencia y tecnología*. Mediante estas políticas se ha pretendido reducir la problemática socioeconómica y elevar el nivel cultural de los habitantes de nuestros países; sistematizar la *filosofía latinoamericana como filosofía de la liberación*, esto es, del saber comprometido con la elaboración de propuestas teóricas, rigurosas, como exige toda filosofía, pero atendiendo a las improntas de nuestras circunstancias.

Estas políticas dieron origen al *boom* literario que mostró el mágico artificio de la palabra para testimoniar nuestra dinámica existencia que llevó a los críticos a clasificar este *nuevo género narrativo* como *real maravilloso*; renovaron las explicaciones económicas tomando como respaldo al marxismo, mas con el interés de adecuarlo a nuestras condiciones, lo cual generó la denominada *teoría de la dependencia*; inquietud semejante se extendió al resto de las ciencias sociales y de manera especial a la sociología, lo cual dio lugar a una novedosa interpretación de la realidad social latinoamericana al exhibir su función hasta ahora de fuente de materias primas y mano de obra barata, por lo cual se ha identificado esta propuesta, *sociología de la explotación* basándose en el título de un libro de Pablo González Casanova. La misma forja otra forma de praxis educativa al hacer realidad que el educando pueda convertirse en educador y viceversa, para impulsar la conscientización como fundamento de la liberación; a esta nueva dialéctica educativa se le ha denominado *pedagogía del oprimido*, y para machacar los aportes resulta sugerente acudir al ámbito religioso donde existen exponentes, de hecho desde el mismo siglo de la conquista, vinculados a la tradición humanista, que en los años sesenta de la centuria pasada dieron origen a la *teología de la liberación*, de radical compromiso con la conscientización y emancipación de los pobres.

Por ello esta generación de la intelectualidad latinoamericana debe ser elevada al rango de paradigma, en particular los premios Nobel: Miguel Ángel Asturias, Gabriel García Márquez, Bernardo Houssay, Gabriela Mistral, Mario Molina, Pablo Neruda, Octavio Paz; pero también a otros insignes personajes como Sergio Bagú, Leonardo Boff, Heberto Castillo, Julio Cortázar, Celso Furtado, Paulo Freire, Carlos Fuentes, Ernesto Guevara de la Serna, Pablo González Casanova, Gustavo Gutiérrez, Augusto Roa Bastos, Arturo Andrés Roig, Juan Rulfo, Leopoldo Zea; todos son prototipos por su autenticidad, congruencia, honestidad, integridad, sencillez, sinceridad, solidaridad, pues las virtudes de sus planteamientos

humanístico vienen de sus compromisos intelectuales, de su educación integral, de sus vocaciones y convicciones.

Humanismo radical como alternativa de liberación universal

PORQUE el humanismo tiene como origen y centro de sus reflexiones la condición y perspectivas del hombre, su impronta estriba en propugnar la autenticidad mediante la concreción de los más preciados ideales, valores y virtudes a través de las diversas formas de educación formal e informal, dentro de un ambiente democrático, porque sólo así es posible cultivar el respeto por el otro, que implica el reconocimiento de su humanidad.

En consecuencia el humanismo tiene que introyectarse como guía y norte del actuar tanto de los individuos como de todas las sociedades; por esa razón el humanismo fue sustanciado por la intelectualidad latinoamericana del siglo xx que lo erigió en elemento aglutinador de la identidad ya no sólo de Latinoamérica sino del mundo.

De modo que nuestros pensadores de la centuria pasada contribuyeron a la fundamentación de una nueva humanidad al legarnos, dentro del proceso de globalización y como respuesta a ella, la crítica y los principios para trastocar el humanismo occidental en un humanismo de carácter universal al pregonar el reconocimiento de todos los seres humanos como diferentes en la igualdad de su condición humana. De ahí resulta pertinente parafrasear al Benemérito de las Américas para formular la impronta de este nuevo planteamiento: *fomentar entre todos los individuos como entre las sociedades la conciencia humanista de ser parte, en igualdad de condiciones, del género humano*

Consecuentemente, las bases de este humanismo latinoamericano parten de la comprensión de la crisis del humanismo occidental que ha llegado a su límite y por ello sus impulsores se comprometieron en la promoción de un humanismo nuevo, libertario, pleno, democrático, desalienador, verdaderamente universal, que se puede identificar como alternativo, por crítico y radical al exigir la recuperación del ser humano como punto de referencia para evaluar los alcances científicos, culturales, económicos, educativos, sociales, técnicos etc.; por el profundo carácter libertario tanto del dominador como del dominado al igualarlos como seres racionales en el reconocimiento mutuo de sus diferencias; al asumir los valores más preciados forjados por los procesos de racionalización; por recuperar la variada y rica herencia de los distintos troncos culturales; por su posición incluyente de superar la escisión del ser humano del resto de los componentes de la naturaleza toda vez que busca expandir su humanidad mediante el respeto a esos otros componentes del hábitat; al

defender los derechos humanos sin distinciones y así concretar la fraternidad, la igualdad, la libertad, la justicia, la tolerancia.

Por ende el humanismo radical, el codificado por la variada y rica obra de los pensadores latinoamericanos del siglo xx, resulta, ante las condiciones imperantes de inhumanidad, en hechos condenables como las guerras de rapiña capitalistas que vivimos y padecemos; pero el humanismo es necesario y, además, viable, porque fundamenta y coadyuva a satisfacer las expectativas de los seres humanos en general al impulsar la irresistible necesidad de creatividad; porque su praxis incentiva la disciplina del pensar; porque respalda la independencia intelectual; porque incita el amor a la vida, esto es, afirma como horizonte del accionar de los hombres el interés por hacerlos más humanos; por auspiciar la concepción integral de hombres y mujeres; por su incesante motivación hacia la perfectibilidad, la moralidad, el desarrollo con base en el trabajo, el respeto a la dignidad, el fomento a la autoestima; porque es esperanzador y optimista; en fin, por trastocarlo en praxis, como actitud, convicción e inspiración para cambiar el mundo.

Todos esos elementos, objetivos, rasgos y principios del humanismo latinoamericano son los que respaldan las bases para iniciar la construcción de una historia auténtica, por fin universal, en que todos los seres humanos y las sociedades han de participar como sujetos de su construcción.